

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

 Paquetes de 30 ejemplares . . . 1'00 ptas
 Suscripción: España un trimestre . . . 1'00 "
 Extranjero . . . 1'50 "

SOBRE UNA PREGUNTA

A consecuencia, en parte por lo menos, de unos artículos publicados en *Germinal*, de Lisboa, sobre la necesidad de un acuerdo entre compañeros, se reunieron representantes de *A Aurora* y de *Germinal* y otros varios compañeros donde la cuestión fué tratada. Como en estas reuniones yo indiqué la necesidad de una inteligencia con los elementos avanzados españoles, necesidad generalmente sentida y ya expresada en el Congreso del Ferrol, y como *Germinal* no se publicaba, hecho del cual no se si los lectores de *A Aurora* estaban enterados, el amigo Alves Pereira me invitó a tratar la cuestión en *A Aurora*.

Yo le contesté diciendo que no perteneciendo al número de felices que ejercen influencia sobre la orientación a seguir en la futura propaganda entre sindicalistas y anarquistas, resolvía callarme y estudiar para formarme un criterio con respecto a esa orientación, convencido de que hay mucho a corregir, emendar y crear, y que, por lo tanto, no contasen conmigo.

Mas él amablemente insistió, diciéndome que formulara en *A Aurora* las preguntas a que me refería en las cartas que le escribí, cuyas respuestas le parecía servirían para ayudar a los que, como yo, procuran orientarse lo mejor posible para lo futuro. En vista de esto no podía negarme a escribir las líneas que siguen, que son apenas una interrogación y no otra cosa, y cuya utilidad ni siquiera discuto, pues puede ser que otros compañeros no las juzguen tan útiles como yo las juzgo.

**

No creo probable que la política internacional se complique de forma que produzca una acción violenta, una agresión por las armas contra Portugal por parte de España. Mas para la pregunta a hacer, la admito como posible, admisión que no tiene nada de extravagante dado lo que hace ya un año presenciáramos en Europa.

Ahora bien; en virtud de que hace un año estamos en frente de realidades y sorpresas bien dolorosas en todos los órdenes, admitamos como posible la agresión por parte de España para que cada uno pueda emitir su parecer sobre un punto concreto, sobre un aspecto de la grande cuestión que nos toca más de cerca.

Se dice que los revolucionarios españoles se han manifestado, por una inmensa mayoría, contra todo apoyo a los aliados (1), absteniéndose de toda simpatía, en su opinión comprometedor, y prontos a colaborar en todos aquellos actos dirigidos a terminar con la guerra y a impedir la.

En estas condiciones, yo pregunto: ¿Cuál sería la actitud de los revolucionarios españoles si se produjese la agresión de que hablo?

Que todos serían contrarios a la política agresiva de los gobernantes españoles estoy plenamente convencido. Pero, ¿qué harían en frente

de una movilización y, por consecuencia, de una invasión del territorio portugués o de un bombardeo de puertos portugueses?

A esta pregunta pueden los camaradas españoles responder preguntando lo que harían los revolucionarios portugueses si la agresión partiese de Portugal. No quiero entrar en consideraciones sobre esto, pues para mí, por lo menos, esa agresión está fuera de las posibilidades razonablemente admisibles dentro de la política internacional.

La misma pregunta puede hacerse a los portugueses: ¿Cuál será la actitud de los revolucionarios en caso de una invasión armada por parte de España?

Nótese que no digo de una guerra entre dos países, expresión ésta que se presta a mucha filosofía y obscurecerlo todo. Más claro: *si el ejército español moviliza y se dispone a marchar hacia la frontera portuguesa o la escuadra se dispone a entrar en los puertos portugueses para bombardearlos y operar desembarcos o bien ejecutarlo todo. En estas condiciones, ¿cuál será la actitud de los revolucionarios portugueses?*

Si se obtuviesen de los camaradas españoles y portugueses respuestas a estas preguntas; si esas respuestas vinieran de militantes reconocidamente conscientes y aun mejor de organizaciones obreras de toda especie, tendrías, me parece a mí, un elemento de formación, sobre la orientación a seguir en lo futuro dentro de nuestra propaganda, tanto en el interior de cada país como en las relaciones a seguir entre los dos pueblos de la península. Las respuestas han de ser sin consideraciones filosóficas ni sociológicas; respuestas simples en frente de la hipótesis de un hecho bien determinado: la invasión y respectiva ocupación, que para eso se invade.

EMILIO COSTA

Por creerlo de interés para todos y al mismo tiempo siguiendo las indicaciones de los compañeros portugueses, hemos hecho la traducción de la precedente pregunta, que ha sido publicada en nuestro estimado colega *A Aurora*, de Oporto.

Así, pues, sin consideraciones filosóficas de ninguna especie, la Redacción de TIERRA Y LIBERTAD considera que invasión es sinónimo de guerra y, por lo tanto, es necesario combatirla por todos los medios. A la guerra de invasión, como a toda guerra, el proletariado consciente debe aplicarle lo que le aplicó a la guerra de Marruecos en 1909 el proletariado catalán.

La sublevación en masa, la insurrección: he aquí nuestro lema.

Consideramos que cuando estas líneas sean leídas no faltará quien, entre risas burlonas y un tanto escépticas, nos considere utopistas y faltos de toda noción realista, pero nosotros, dejando a un lado y arrojando por la borda todo este lastre pesimista, seguiremos impávidos nuestra trayectoria, considerando que ni la conquista de media Europa, ni los intereses de todos los banqueros del mundo reunidos merecen el sacrificio de una sola vida, y, por lo tanto, si algún día nuestros gobernantes, como los del lado

opuesto del Tajo, quisieran llevarnos a una guerra fratricida, contaremos con la insurrección aun a costa de nuestras vidas, y, por lo menos, habremos cumplido con nuestro deber.

Las organizaciones obreras y los compañeros tienen la palabra.

El criterio de esta Redacción está bien definido.

LA REDACCIÓN

Los sucesos de Cenicero

Según hemos leído en algunos periódicos obreros, próximamente se celebrará el Consejo de Guerra que ha de juzgar a los 14 compañeros que se hallan presos en la cárcel de Logroño.

El hecho de haber resultado muerto en los sucesos el cabo de la guardia civil, nos hace temer que a algunos de los procesados les pedirán penas gravísimas.

No creemos necesario refrescar la memoria del proletariado español, relatando de nuevo como se desarrollaron aquellos sucesos, pues creemos que todos los recordarán.

Fué la cuestión eterna. Unos obreros, los campesinos, los más explotados, quisieron obtener alguna mejora en las condiciones del trabajo. La cerril burguesía de aquel pueblo se niega y la autoridad, como siempre, pone la fuerza pública al servicio del capital. Los obreros no desisten de su derecho y la burguesía, garantizada por los mausers, quiere imponerse. Viene el choque y de él resulta el cabo de la guardia civil muerto, y un guardia y bastantes obreros heridos.

Nadie sabe quien ocasionó la muerte al cabo y comienzan las prisiones en masa. Diez, quince, veinte compañeros presos son pocos. La honorabilidad de la víctima exige más, y a montones son encarcelados los trabajadores. Definitivamente solo se han quedado con 14, que son los que comparecerán ante el Consejo de Guerra.

Como la verdadera causa de los sucesos solo la conocen los trabajadores que leen la prensa socialista, sindicalista y anarquista, creemos de necesidad que se celebren actos públicos, para que la opinión no continúe extraviada en el asunto de los sucesos de Cenicero.

El mitin, el manifiesto, el folleto, todo es preciso utilizarlo en pro de los bravos luchadores que yacen en la cárcel de Logroño.

La campaña ha comenzado con la celebración de mitins; pero debe de intensificarse para que el Gobierno sepa que el pueblo está persuadido de la inocencia de los 14 compañeros y que solo teme que, ateniéndose los jueces a la ciega letra del Código, puedan condenarlos a pesar de su inculpabilidad, pues ellos no deben ser los responsables de los hechos que provoca la burguesía.

Nosotros recordamos a los delegados al Congreso Internacional de la Paz, celebrado en el Ferrol, y muy especialmente a los que representaron a las entidades obreras de Cataluña, el compromiso que contrajeron de ayudar toda campaña en pro de los compañeros presos por los sucesos de Cenicero, no dudando que todo el proletariado se aprestará a la defensa de los procesados.

Un concurso infantil

A propósito de la influencia de la escuela en determinar el «animus» de la guerra, Lino Ferriani resume en la revista italiana *Cultura Moderna* los resultados de un concurso hecho entre escolares alemanes, austriacos, franceses, suizos e italianos.

He aquí algunas respuestas de los niños germanos:

- Nuestro amo es el emperador.
- El hombre más grande del mundo es S. M. el emperador.
- Debemos prepararnos para la guerra, a

fin de que Alemania sea dueña de todo el mundo.

•La profesión más hermosa es la del soldado.

•La paz es el sueño de los viles.

Los niños austriacos dicen:

•Después de la escuela, el cuartel.

•Matar al enemigo debe ser una gran alegría.

•La guerra hace hombres fuertes, y el fuerte es respetado.

En los niños franceses las manifestaciones no son como éstas, agresivas, sino de desquite.

•Pasando los años crece nuestro odio hacia el enemigo (léase prusiano).

•Debemos reconquistar la Alsacia y la Lorena.

•Un buen francés puede perdonar, pero no olvidar.

•Espero que llegue la guerra cuando yo pueda ser soldado.

Un niño de cuatro años exclamó:

•¡Cuántos alemanes mataré en la guerra!

Y una niña de seis años:

•La mamá me dice que el diablo y los alemanes son la misma cosa.

Entre los niños suizos las tendencias son elevadas y serenas.

Véanse algunas de sus respuestas:

•La libertad triunfa con la ciencia, no con las armas.

•Defender, siempre; atacar, nunca.

•La vida es sagrada y tiene un solo objetivo: hacer firme y continuo el progreso.

Por lo que se refiere a Italia, he aquí la respuesta que una niña de doce años, hija de un oficial del ejército, dió a Ferriani:

•No quiero la guerra; pero si, por el honor de Italia, se debe hacer, no me importaría que mi papá fuera a combatir.

He aquí el verdadero motivo de la guerra. La educación, esta educación estúpida y criminal que inculca en el niño el odio al extranjero, llámese éste inglés, francés, alemán o italiano. Con frecuencia a ciertos hombres he oído decir: «en las naciones avanzadas la enseñanza religiosa ha desaparecido, substituyéndola la laica, arrancando del niño la abstracción Dios para hacerle libre.» Pues bien, a pesar de todo he de manifestar mi disconformidad con este argumento. Es verdad que la «abstracción Dios» no se enseña en las escuelas oficiales de las naciones que se precian de cultas, ¿pero es que por ello la educación de la infancia ha sido modificada? Según el criterio de muchos, sí; según el mio no.

No se cree en Dios, pero se cree en el Estado. Se les ha inculcado que el hombre no debe esperar su salvación en el otro mundo, que es una quimera ideológica, pero se les ha dicho: confiad en el Estado, confiad en el Gobierno, confiad en las leyes, que éstas, y no aquél, os traerán la salvación. En nombre de Dios no hay derecho a sacrificar a la humanidad, pero si en nombre del Estado.

En épocas de las cuales nos separan algunas centurias, los hombres, por imponer la fe en la creencia cristiana, invadían los pueblos inferiores y cometían crímenes y toda clase de atropellos, y los modernos educadores repiten a voz en grito que no había derecho para hacerlo; pero estos mismos educadores, en nombre de la Patria, en nombre del Estado, incitan a la juventud para que vaya a sacrificarse al campo de batalla. Los tiempos han cambiado, los procedimientos son los mismos. En nombre de una ficción o de otra, se le exige al hombre que haga el sacrificio de aquello que ni creencias ni tesoros podrán devolverle: la vida.

¿Podremos nosotros, hombres que trabajamos por el mejoramiento moral y material de la especie, dejar pasar sin protesta que se inculque en el cerebro de los niños este odio sistemático contra todo ser humano que ha nacido de este o del otro lado de la frontera? No. Estoy plenamente convencido también de que estas protestas platónicas no tienen valor alguno. Nuestra protesta debe ser otra. Nuestra protesta ha de ser trabajar con perseverancia, por continuar la obra de aquel que supo decir «¡Viva la Escuela Moderna!» pero no en el

sentido que lo hacen aquellos que piensan, recordando su nombre cazar el acta de diputado, o de estos otros que teniendo la obligación de trabajar directamente en bien de aquella causa, se sirven también del nombre para vender traducciones que en otros países valen cinco pesetas, a veinticinco, o libros que recomiendan las embajadas, y en los cuales, de una manera brutal, se destila un odio venenoso contra algunos de los países beligerantes. La misión de los continuadores de su obra no debe ser publicar libros que tiendan a acrecentar el odio entre los pueblos, sino libros en que se labore por disminuirlos, y mientras que tal no se haga, tendremos derecho a decir que lo que hoy se hace en sentido moral es una infame caricatura de lo que debiera hacerse, y en sentido material un indigno comercio, que expende mercancías averiadas con la garantía de un nombre que se explota infamemente.

¡Trabajadores, hombres libres! A trabajar por regenerar la escuela; a trabajar por suprimir de la enseñanza el odio al extranjero; a trabajar por la implantación de escuelas racionalistas; a modificar los métodos de enseñanza, adaptándolos a las necesidades modernas; y así habremos acabado con todas las guerras.

A. PESTAÑA

Sobre los «Simpáticos»

No sin cierta extrañeza, empiezo por declararlo, he visto que Tarrida, respondiendo en este periódico a un artículo publicado en *L' Aurora* y también aquí, toma calurosamente la defensa de los que yo había denominado los «simpáticos». Hay gentes que cortejan a la revolución social en tanto que tienen interés en ello y que la traicionan y la repudian en cuanto el cortejo se vuelve peligroso: eso es lo que he dicho, invitando a los compañeros amantes de la rectitud de conducta y que no cambian de opinión según las circunstancias, a permanecer ojo avizor.

Creo que nuestro amigo Lorenzo es de esta opinión, pero aunque estuviese solo no dejaría de declarar que, aunque estimando las buenas voluntades y los servicios de donde quiera que vengan, debemos guardarnos de todo felichismo acerca de aquellos que, extraños a la plebe, a sus sufrimientos, a sus ásperas luchas diarias, desde la altura de una, apoteosis literaria o científica, bosquejan un gesto de simpatía más o menos definido hacia nuestras personas o nuestras ideas. Con mayor motivo debemos precavernos contra ciertos hombres sin escrúpulos, burgueses más o menos fracasados, que tratan de explotar el anarquismo como sus predecesores explotaron la idea republicana, como otros hoy explotan la idea socialista.

En Francia, sin duda, más que en España, existe ese peligro, porque en España la idea libertaria ha germinado en el medio proletario, mientras que en Francia, por el contrario, vemos gran número de snobs, de burguesillos tronados y de aristócratas de la pluma, que se titulan anarquistas o casi-anarquistas, sin dejar por eso de sentir y manifestar desprecio hacia una plebe sin la cual nada serían.

Precisamente eso, en vez de sernos favorable, ha servido admirablemente a los socialistas autoritarios para hacer creer a muchos que el Anarquismo era una especie de aplazamiento ideado por los burgueses para alargar su dominación.

En España el medio es diferente; pero no obstante nada se pierde con señalar un peligro posible.

Continuemos siendo pueblo.

¿Quiere esto decir que de tiempo en tiempo no se desprenda de las clases privilegiadas algún hombre de corazón, un Kropotkine o un Salvochea, que rompiendo todas sus ligaduras con el mundo de los explotados, vayan sin segunda intención a dedicarse por completo a la causa de los desheredados?

No; pero téngase en cuenta que esto acontece de cada diez veces una. Sí, nueve veces sobre diez los «simpáticos» sue-

(1) Lo mismo que a los alemanes. El criterio del proletariado español es contra la guerra sin distinciones.